

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131
GIJÓN

PERSONA AFORTUNADA

El matrimonio vino a Madrid, atraído por la felicidad que gozaban sus primos y por el ambiente aristocrático en que se desarrollaba la vida casi opulenta de los parientes. Por otra parte, los deslumbradores anuncios, los espectáculos, los grandes salones de fiestas, la moda artística, que lanzaba las últimas creaciones, todo ese mundo lleno de seducciones y encantos había ido barrenando la imaginación exaltada de Marcelina, que ya se veía como una Pompadour, admirada y homenajeadada por incontables admiradores. Ulpiano, su marido, que no le iba a la zaga en tontería, creyó un grano de anís el montar una soberbia oficina a la moderna, donde él como un gran hombre de negocios, daría órdenes a los subordinados, y la máquina burocrática, en un perfecto funcionamiento de todos sus engranajes, rendiría un saneado aprovechamiento económico. Ulpiano, el pequeño, con más modestas aspiraciones, sólo ansiaba ver en el cine las aventuras de «Tarzán» y saborear a su placer las curiosidades del Parque Zoológico, especialmente las monerías de los simios.

Mas ¡ay!, que las ilusiones del ayer se vinieron abajo, como las hojas desprendidas... de que hablaba el poeta. El papá hubo de conformarse con un empleo de 200 y con renuncia absoluta a toda ayuda de servidumbre, y el nene que conservaba el pelo de la dehesa, se limitaba a jugar a «dola», a pegarse con los compañeros, o tirar piedras y, en los atardeceres de domingos, a contemplar largas horas el estanque, donde no logró jamás ver al hipopótamo fuera del agua.

Pasaban así los meses, y como la necesidad amargaba los ánimos, comenzaron los disgustos familiares y las añoranzas del pueblo, que no debieron abandonar nunca. Allí no les faltaba de nada y la vida discurría tranquila y dichosa entre esquilas de ganado y rumores de faena.

Más de cinco meses llevaban en Madrid cuando una tarde se les entró la suerte por sus puertas. Un señor elegante, de traje impecable y de adema-

nes correctísimos, que al sonreír dejaba ver toda una hilera de perlas marfilinas, y cuyos zapatos pudieran ser el reclamo de la mejor crema de calzados, se presentó en el umbral.

—¿Es usted la señora de Pérez?, preguntó, ceremonioso.

—Sí, señor. ¿Qué desea?

—¡Oh, señora! Permítame antes que nada felicitarla efusivamente. Es usted una mujer feliz, una señora realmente afortunada...

—Yo creo, caballero, que usted viene equivocado...; serán otros Pérez...

—No, no; usted es la señora de Pérez, doña Marcelina, que vive en Válgame Dios, 97, y su número de teléfono es el 200002 ¿no es verdad?

—Así es, respondió Marcelina, asombrada y desconfiada.

—Pues bien, exclamó el visitante con la misma solemnidad con que hubiese anunciado la proclamación de Napoleón como emperador de los franceses; aquí tiene usted.. Ha resultado usted premiada en el concurso del jabón «Resbaladizo». Aquí está el sobre con los billetes de ferrocarril y las 15.000 pesetas...

La señora parecía desmayarse. Reaccionó poco a poco y pudo enterarse de lo ocurrido.

—Pero, ¿es posible que ustedes no hayan oído por radio en la emisión «La suertecilla de la clase media» que usted había sido la agraciada? ¡Qué cosa, señora; qué cosa! Cuántas como usted pegadas a la radio pasarían la emisión ansiosas de escuchar su nombre agraciado con un premio, y en cambio usted, que no escucha, ha sido la afortunada.

Buscamos su nombre al azar en la guía...

—A nosotros no nos han telefonado...

—Vera usted... Es que nuestra audición es muy original... Nosotros... no llamamos por teléfono; averiguamos antes algunos datos de la persona favorecida...

La oportunidad del regalo juega un papel importantísimo. Aquí tiene usted y su familia los billetes de ferrocarril de Madrid a Rinconete de Abajo,

Madrid a Rinconete de Abajo, y además las 15.000 pesetas. Es en verdad un gran regalo... Claro que de no utilizar la familia los billetes de ferrocarril se entiende que la persona agraciada renuncia a las 15.000 pesetas...

—Yo no puedo decidirme.. Comprenderá usted que antes tengo que consultarlo con mi marido... No sé si él querrá marchar de nuevo a Rinconete.

—Bien; esta noche vuelvo a enterarme de su resolución.

Aquella tarde deliberó largamente el matrimonio.

Era indudable que la suerte volvía a sonreírles, porque suerte era encontrarse otra vez en su pueblo natal, sin haber gastado un céntimo en el viaje y con 15.000 pesetas en el bolsillo.

Decidieron, pues, aceptarlo, y cuando llegó por la noche el caballero de la suerte con el cabello lustroso y los zapatos charolados, se mostraron del todo conformes y recibieron al punto los billetes y el dinero.

Aquel caballero, modelo de atenciones y de exquisita delicadeza, les acompañó a la estación y los despidió afectuosamente en nombre del jabón «Resbaladizo».

La familia Pérez partió feliz hacia el pueblo natal, Marcelina particularmente lloraba emocionada ante la magnanimidad y la afabilidad indescriptible de aquellos industriales...

Y ¡oh lecciones de la vida! En cuanto el tren arrancó el caballero afable cogió un taxi y dijo al conductor:

—A la calle Válgame Dios 97.

Cuando llegó habló con el portero y le entregó amablemente un sobrecito sospechoso. Luego subió al piso, cogió el teléfono y, después de marcar repetidamente un número, exclamó:

—Oiga, Lucía, que ya tenemos casa; una verdadera ganga...

—¿...?

—En Válgame Dios, 97. Que traigan pronto los baúles y que den orden de traslado de muebles. ¡¡Vaya suertecilla!!

José Luis PEÑUELA

Solución al Jeroglífico núm. 38, por Morán

«Sí, la resolveré fácil»

EL ENEMIGO DE LA MUJER

Muchas veces he pensado escribir algo sobre los enemigos que hoy día tiene la mujer. Puesto a pensar sobre qué se podría decir sobre este asunto, siempre tropezaba con enormes dificultades. Examinaba en todos sus aspectos a la mujer de hoy día, y en cada análisis realizado le encontraba un nuevo enemigo, en apariencias de peor calaña y de más dañina enemistad que los descubiertos anteriormente. Completamente desorientado por mis observaciones, no me atrevía a estudiar a fondo el asunto, y menos a plasmar el resultado en la realidad de un artículo, convencido de que en el instante en que persuadido de decir la verdad asegurase que el enemigo de la mujer era tal o cual, yo mismo me convencería de que el verdadero enemigo número uno, como hoy se dice, era otro. Por fin, de tanto cavilar y pensar, analizando todos mis anteriores fracasos, vine al convencimiento de que esa duda brotaba precisamente de enfocar mal el asunto. Repasé mis anteriores tentativas y llegué al convencimiento de que todos los enemigos encontrados, que eran muchísimos, se sumaban y concentraban en uno sólo. La conclusión no dejó de asustarme. El enemigo de la mujer, es la misma mujer.

Una de las habilidades, una de las mayores astucias de la mujer, y equivocada como propia de su debilidad, fué precisamente la de convertirse en su mayor enemigo. Esa serpiente que dicen lleva enroscada toda mujer a su espina dorsal, le susurró palabras cadenciosas al oído, y la mujer se cegó, como la del Paraíso, y picó la manzana. Según sonase el murmullo de la serpiente, ella misma, convertida asustadamente en su enemigo, se mostraba de una manera o de otra, y de aquí que pareciesen tantos enemigos cuando en realidad sólo existía uno que era ella misma.

En esta época del año, la serpiente le habla melosa de playas y de campos; de baños y de excursiones. Y aparece la mujer, más que en otras ocasiones, como su mortal enemigo. Ninguna época del año más propicia para descubrir su enemistad ni ninguna palabra de la serpiente suena mas melodiosa en sus oídos. No voy a referirme para nada al tema de la moralidad. Creo que es tema de sobra tratado, y yo sólo pretendo examinar si socialmente le conviene a la mujer esa constante exhibición. A veces el recalcar demasiado las cosas no deja de ser un incentivo, y, por lo tanto, cosa anti-productiva al chocar con las palabras de la tentación. Quiero hacer constar solamente que el daño que se hace la mujer así misma está precisamente en hacerse demasiado vista. Tanto se exhibe y se hace ver, que llega a sernos totalmente vulgar y rutinaria. Le

pasa lo mismo que le pasaba al Himno Nacional, que para darle más valor, como le correspondía, y hacerlo más digno de respeto, fué necesario el empleo de medidas prohibitivas, y hoy solamente se puede oír en casos de excepción y de solemnidad. Es lo mismo que si en una iglesia se tocasen a rebato todos los días y a todas las horas las campanas, que nos confundirían las festividades con los días de labor, perdiendo las primeras el realce que sobre las segundas tienen. Las campanas se tocan según la festividad, con más o menos alegría; el Himno Nacional (hoy ya Marcha Real) nos marca la presencia de los más altos personajes y la magnificencia de los actos excepcionales. La mujer, a fuerza de hacerse demasiado vista, pierde valor e importancia.

Piense la mujer más en hacerse su amiga que en ser su enemiga, y verá cómo se convence de que en su conducta de hoy se deprecia. Revalorícese así misma, recatándose de su propia propaganda. Dese cuenta de que lo que más escasea es lo que más vale y no necesita de propaganda, y reténgase reservada para las grandes solemnidades, en las que se nos puede presentar con honores de Himno y sonidos alegres de campana.

La playa y el campo pueden y deben ser un marco apropiado para honestas diversiones. Séanlo en buena hora, y sirvan de esparcimiento a ellas y a ellos. La salud y la diversión no están reñidos con la buena crianza. Pero tanto en el campo como en la playa, la mujer que pretenda ser su mejor amiga, no se prodigue ni se deprecie. Todos los devaneos consecuencia de su exhibición son, como diría el poeta «devaneos de una hora y equivocaciones de una vida». No es ese el mejor camino ni para adquirir buena fama ni para «pescar» un buen marido. Los hombres de hoy, como los de siempre, pueden aparentar frivolidad en sus ratos de ocio, de chiquillería, pero cuando se ponen en serio a solucionar un problema gordo como el del matrimonio, son unos hombrecitos hechos y derechos. Y la cordura les hace ver que lo que sirve de juguete no sirve nada más que para jugar.

Mujer: amígate contigo misma, y recapacita en lo que vales y lo que tienes que demostrar que vales.

Hermenegildo RODRIGUEZ

VULGARIDAD Y CHABACANERIA

La vulgaridad será siempre patrimonio del vulgo, no hay remedio. Pero la vulgaridad no ha sido nunca demasiado peligrosa ni desagradable cuando se mantiene en sus justos límites y no invade las esferas intelectuales y artísticas; como las aguas sucias no huelen mal cuando corren por las alcantarillas a muchos metros debajo de tierra, sino cuando rompen el alcantarillado e inundan la calle.

El buen gusto artístico ha sido siempre patrimonio de una minoría escasa de espíritus selectos y cultos, no vamos a pedir peras al olmo; pero ha habido épocas en que el buen gusto de los espíritus selectos ha llegado a influenciar el gusto del vulgo, y en el siglo XVIII, por ejemplo, hasta los palurdos y fregonas se entusiasmaban con los vales de Strauss y tarareaban las sonatas de Mozart.

En la misma España no hace todavía muchos años el gusto artístico no estaba estragado aún, y las maritornes, mientras fregaban los platos en la cocina, tarareaban, no sin gracia y estilo a veces, fragmentos de nuestras bellas zarzuelas.

Pero desde hace unos años, el mal gusto y la chabacanería más estúpida han hecho tales progresos, que es para asustar a los amantes del arte y hacernos pensar si nuestra juventud ha perdido el sentido de la belleza y del decoro.

No hay más que ver, por ejemplo, la música preferida por la juventud de hoy, y que me perdonen los jóvenes que todavía conservan algo de sentido artístico. La música de ópera les resulta insoportable; «un tostón» es la frase consagrada para indicar su desprecio por ella, y hasta la más ligera y popular de nuestras zarzuelas les parece ya pesadísima y aburrida. En cambio, les entusiasma hasta la locura el «jazz» y el «fox» esa música cacharrera importada de Guinea o de los barrios negros de Nueva York. Da grima pensar que se pueda llamar música a esa sucesión monótona de ruidos inarmónicos y horripilantes que crisan los nervios de toda persona que posea todavía un adarme de sentido artístico.

Y no es que diga yo que esté mal de vez en cuando aflojar la cuerda de nuestra seriedad habitual y solazarse un poco con carnavaladas grotescas y, vestidos de payasos, salir alguna vez a la calle a dar alguna zapateta cómica para desarrugar el ceño de la gente, demasiado arrugado por las graves preocupaciones de la vida. Pero de eso a convertir la vida en una constante payasada va mucha diferencia. Da pena ver cómo ha descendido el gusto de nuestra juventud y hasta de muchas personas mayores que por su edad y por su educación deberían tener el gusto artístico un poco más refinado.

Este verano pasado hube de hacer un viaje por razón de mi ministerio a una ciudad del sur de España, y tuve la mala suerte de que enfrente del hotel donde me hospedaba hubiese instalado un café cantante al aire libre, donde se reunían todas las noches, de once a una, cuatrocientas o quinientas personas de todas las edades y profesiones a contemplar las exhibiciones coreográficas y escuchar los gorgoritos musicales de una vocalista, y ¿quieren ustedes creer que todo el repertorio musical de la mencionada vocalista durante los diez días que permaneció en el hotel se reducía a «La vaca lechera» y a «La casita de papel»? Y ten-

go la seguridad que al marcharme yo, durante un mes por lo menos continuaría la vocalista aquella recreando los oídos de aquellos quinientos papanatas con esas dos «geniales creaciones» del arte musical.

Y para que no crean que el buen gusto es cuestión de climas y latitudes, en una ciudad del norte de España se celebró una noche una verbena denominada de «La vaca lechera», en la que se cantó la famosa cancioncilla hasta mil veces; así al menos lo decía la prensa, que al día siguiente recogió el dato con el orgullo de haber batido un record, un record de chabacanería y de estupidez!

El cine y la radio, sobre todo la radio, han contribuido a este avillanamiento del gusto artístico de nuestra juventud. Da pena oír las emisiones de radio de muchas de nuestras emisoras, sobre todo las dedicadas a los radioescuchas. En ellas impera la vulgaridad y la chabacanería más desconsoladoras. Me río yo de la quiromancia y de la grafología. Para conocer el carácter y la categoría espiritual y cultural de una persona no necesito yo mirarle las rayas de la mano ni estudiar los rasgos de su escritura; me basta oír al locutor de la radio: «A petición de la señorita X vamos a radiar el disco de «La vaca lechera».

Fr. Gumersindo DE ESCALANTE

O. F. M. Cap.

Begoña y Gijón

Marineros de Gijón,
es vuestra fe tan probada,
que en una triste arribada,
fondeásteis en el Nervión
en fecha casi olvidada.

Y vuestro agradecimiento,
reflejo de un sentimiento
libre de toda ponzoña,
pone vuestro pensamiento
en la Virgen de Begoña.

Exótica devoción
que por vuestro predicar
germinó con ilusión,
con ansias locas de amar
en el pueblo de Gijón.

Esa Virgen que ha venido
marinera en una barca,
vosotros la habéis traído,
y aquí le hemos ofrecido
un Trono, como a un monarca.

Flor de pura devoción,
que en el corazón retoña,
con signos de bendición
y un aroma que Begoña
exhala y llega a Gijón.

Hermenegildo RODRIGUEZ

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

...Y adelantándose entonces un legista y tentándole le dijo:

—Maestro, ¿qué tengo que hacer para lograr la vida eterna?

Y El le dijo:

—¿Qué está escrito en la ley? A ver, lee. Y él respondiendo dijo:

—Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a tí mismo.

—Bien respondido, le dijo Jesús de Nazaret, haz eso y vivirás.

Ya tenía el legista una respuesta exacta a sus deseos. Ninguna novedad extraordinaria le señalaba Jesús para lograr la vida eterna. Los libros sagrados lo decían bien claramente; Amar a su Dios, y a su prójimo. La lección era como todas las del Maestro eficaz y contundente.

El amor al prójimo, bien nos ha dicho el Maestro de Nazaret, es un gran medio para ganar la vida eterna.

En esta época de individualismos en que vivimos, en los cuales la ambición y el egoísmo rebasa al hombre y llega a contagiarse a las colectividades, hablar de la caridad, es recomendar a unos y otros el gesto heroico de los tiempos históricos pasados.

El hombre, tal vez impresionado por el ambiente actual que rodea al mundo, busca con más interés el placer y la diversión, despreocupándose por completo de quienes son sus semejantes y carecen de lo más necesario. Las diversiones cuestan cada vez más dinero, el veraneo se hace cada vez con más medios económicos, en las fiestas, espectáculos de todas clases, lujos y distracciones de todo género, el dinero reclama más sacrificios y el hombre olvidando, unas veces el mañana propio, y otras la miseria ajena, derrocha sus bienes, hasta apurar las últimas monedas que a veces precisa para el propio sustento de los suyos. Corre alocado hacia la diversión que le distrae y le aparta de la preocupación diaria de su vida y sin reparar en la enorme desproporción del placer satisfecho y el sacrificio económico que le cuesta, no duda en prescindir incluso de sus medios de vida entregándoselos a instituciones de crédito para conseguir más dinero y satisfacer sus deseos de diversión, sin preocuparle en absoluto, la necesidad primordial de los suyos, ni la miseria espantosa de muchos semejantes que carecen de lo más elemental para poder sobrevivir a la enfermedad y el hambre que les agota.

Las instituciones de caridad languidecen y en estos días de alocadas diversiones, a precios fabulosos, quienes llevan ayuda y consuelo al necesitado tienen que llevarles más consuelo moral que material, porque quienes pueden no quieren escuchar la voz del triste, del hambriento, del enfermo pobre que se muere por carecer de medios curativos. Triste realidad la de estos dos mundos que se contemplan. Por un lado la diversión, el despilfarro, el derroche sin

tasa en bebidas, en diversiones, en lujos y gastos excesivamente superfluos y por otro el prójimo que sufre, calla y se muere de miseria en sus barracas al aire libre, porque ni siquiera tienen dónde esconder su abandono por parte de sus semejantes.

A la caridad debíamos de dedicar, como necesaria, una cantidad constante para que con las aportaciones de todos, los organismos encargados de atender a los necesitados, pudieran suplirnos en la santa misión de ayudar al que sufre y dar su consuelo moral a quienes también lo necesitan.

Estos días de orgía de dinero en tantas cosas inútiles, pensemos también en los que no son privilegiados y a los que nuestra ayuda grande o pequeña les haría un gran beneficio.

...Y cuando Jesús pregunta al legista, ¿quién le parece que es su prójimo? éste le contesta:

—El que hizo misericordia.

Jesús entonces le recomendó,

—Pues ve y haz tú lo mismo.

R.

Comentando LOS PROBLEMAS

No me refiero, naturalmente, a los problemas matemáticos que nos endilgan en el Bachillerato. De estos no sé resolver ni uno sólo, por sencillo que sea. A mi las matemáticas se me atragantaron siempre, y no voy a salir ahora de viejo diciendo la solemne tontería de que se sumar.

Dice Pemán que la vergüenza es una cosa que da después. A mi no me da después ni antes. Yo me adelanto y obro de manera que el color encarnado, más o menos subido, no tinte mi rostro. No me da vergüenza, pues, decir a los cuatro vientos que no se apenas sumar, restar, multiplicar ni dividir. Y mucho menos extraer raíces y hacer todas esas cosas inútiles que hacen los matemáticos. Y repito que no me avergüenzo de mi ignorancia.

Hay otros problemas en la vida, que se solucionan por tontería y que ellos no proporcionan ninguna utilidad. Por ejemplo, los que tras de sí arrastra el vicio, si vicio se puede llamar, de fumar. Hacer un pitillo medianamente bien formado y estéticamente constituido, no deja de ser un problema inútil, que todos, o casi todos, tratan de resolver alguna vez en la vida. Hasta se llega en la exacerbación y en el prurito de las cosas difíciles, a plantear el problema de liar un pitillo ante un espejo. Nadie es capaz de hacerlo. A mi me sale más barato, porque ahorro el espejo. Yo no lo lio ni con espejo ni sin espejo.

Trae el fumar más problemas inútiles detrás de sí. El pitillo se coge con los dedos de la mano izquierda, entre el índice y el corazón. Desgraciado de aquel que se equivoque. Sea anatema. Ahora sí, si es dama, ¡oh portento de la refinación! el pitillo se sujeta con los dedos de la mano derecha. Así que si por una casualidad uno siente deseos de empezar a fumar, tiene

que estudiar más cosas y más terriblemente difíciles que en el referido Bachillerato. Lo de coger el pitillo con una u otra mano, según el sexo, (de la persona, se entiende, y no del cigarrillo) se estudia en el segundo año.

Otro problema se presenta aún al fumador. El de las cerillas o del mechero. Estos artefactos de bolsillo llamados mecheros, se denominan así porque no tienen mecha. Y a veces ni piedra. Cuando se estrena un mechero, se suele celebrar solemnemente la colocación de la primera piedra. Después, no enciende más. La mecha se esconde miserablemente, y es un verdadero problema el hacerla arder. Y sobre todo, es de suma dificultad el hacer girar con el dedo gordo a la ruedita productora del pequeño incendio. Yo no acierto a encender un mechero nunca ni a la sexta vez. En esto me pasa exactamente lo que a todo hijo de vecino, pero por lo que antes dejé anotado sobre la vergüenza, yo lo confieso, mientras los demás acreditan con

juramentos más o menos largos que su piedrecita se enciende sólo.

Y de las cerillas nada digamos. Es uno de los mejores negocios de las compañías de seguros contra incendios. No arden ni a la de tres. El que quiera que su casa nunca se quemé, que pretenda prenderle fuego con una cerilla. Y no podemos decir que va que arde.

Os prometo volver sobre este tema en otra ocasión. Hoy lo dejo porque ya estoy viendo la cara que ponen en la Dirección por ocupar más sitio del que se me asigna misericordiosamente.

HERO

Jeroglífico núm. 39, por Morán:

: p 3 notas

U

1010

N

¿Qué me aconseja que haga?

César A. Prieto

PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Mollnón, 2 - Tel. 3115
GIJON



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen) **VALENCIA**

Arbués



Alvarez
Garaya, 25
Teléf. 1230
GIJON

Materiales de
Saneamiento
Y
Construcción
Cuartos de baño,
cocinas, etc.

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA
Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La **CAJA DE AHORROS DE ASTURIAS**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)